

PREFACIO

La apacible noche del 25 al 26 de Septiembre de 1993, partiendo de la base espacial de Kourou, en la Guayana Francesa, un cohete Ariane 40 colocó en órbita al Spot-3, el tercer ejemplar de la familia Spot. Este satélite galo, cuyo propósito era la explotación comercial mediante la observación de recursos terrestres, llevaba como carga de pago adicional a otros aparatos de menores dimensiones. Entre ellos se encontraba el Sintamat-A, un ingenio activo propiedad de una multinacional franco-italiana aparentemente vinculada al ramo de las comunicaciones amateurs.

El cohete, desprovisto de aceleradores, efectuó su misión V59 sin ninguna complicación, colocando su carga, cerca de dos toneladas y media, en una órbita heliosincrónica de 794 por 813 Km con una inclinación de 99 grados.

Cuando el diminuto foco de luz desapareció en la oscuridad, los invitados al evento recibieron una breve exposición sobre el empuje suplementario gratuito que experimentaban los cohetes en las latitudes ecuatoriales. Entre tanto, un inadvertido observador, acreditado como miembro de la Agencia Espacial Europea, aprovechó el momento para acercarse a uno de los numerosos teléfonos situados frente el amplio ventanal. El húngaro Arpad Capa deslizó unos instantes su mirada sobre la multitud de puntos luminosos que parpadeaban a lo largo de la costa atlántica. A continuación, insertó su tarjeta de crédito y realizó una escueta llamada.

A miles kilómetros de distancia, en la ciudad del Vaticano, un impaciente cardenal descolgó el auricular. Inmediatamente, una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios.